

Sesión homenaje: Evocación de Arthur Steindler, clásico de la cirugía ortopédica

Se cumplieron treinta y tres años de la desaparición de Arthur Steindler, a los 81 años de edad. Su personalidad, la obra que realizó y su vida toda constituyen un ejemplo permanente que merece ser recordado.

Llegó a Estados Unidos en 1907, tras haberse doctorado en medicina en Viena, su ciudad natal. Para ese entonces, después de haber sido alumno de Lorenz, ya había trabajado junto a Edward Albert, cuya técnica de artrodesis del hombro es muy conocida.

Se inició en Chicago como asistente de John Ridlon, uno de los más destacados ortopedistas de su época. Steindler lo evocaba siempre con admiración y gratitud.

En 1910 fue nombrado Profesor de Cirugía Ortopédica en la "Drake Medical School" de Des Moines. Cuando Steindler consultó con su maestro Ridlon acerca de esta propuesta, le dijo: "Su preparación como ortopedista es excelente desde todo punto de vista, pero no sé cómo hará para entenderse con las personas del Medio Oeste con su inglés". Es interesante y alentador recordarlo, pues a lo largo de los años Steindler se convertiría en un polígloto excepcional, lo cual debe vincularse con su gran capacidad de estudio y con su formación adquirida a través de una rigurosa educación clásica, tan característica de los europeos de fines del siglo pasado.

En esta primera época de su vida en un pueblo del Medio Oeste de Estados Unidos su entusiasmo por la enseñanza y su interés por los pacientes lo llevaban a caminar varias cuadras con un chasis bajo el brazo para obtener el revelado de sus películas radiográficas en casa de un farmacéutico amigo. Las técnicas no eran sencillas entonces.

Imagino que por esa época Steindler era un hombre alto, erguido, corpulento, que caminaba a grandes pasos. Cuando lo conocí, ya los años lo habían encorvado, pero conservaba una lucidez y una vitalidad notables; un mechón de cabellos

blancos caía sobre su frente, unos bigotes cortos coronaban una boca amplia que sonreía con frecuencia, y unos ojos negros y vivaces relampagueaban tras unos lentes sostenidos por un delgado armazón de plata.

Desde 1915 hasta 1949 fue Profesor y Jefe del Departamento de Cirugía Ortopédica de la Universidad de Iowa. Posteriormente, hasta su desaparición en 1959, continuó con la práctica privada y con el dictado de un curso anual en la Universidad como Profesor Emérito.

El último curso que tuvo a su cargo en la Universidad de Iowa, cuando ya sabía que contaba con pocos meses de vida, fue realmente emocionante. Tocó los temas fundamentales de la cirugía ortopédica con visión retrospectiva y su estado actual, y sentó su posición personal frente a ellos. Fue abordando, de tal manera, "El trasplante de tendones y sus clásicos", "Luxación congénita de cadera y sus clásicos", "Escoliosis y sus clásicos", "Fracturas del cuello del fémur y sus clásicos", "La artrodesis y sus clásicos", etc. Recordó a Lorenz, Codivilla, Paci, Ridlon, Bradford, Robert Jones, Putti, Fritz Lange, Bielsalsky, Hibbs, Leo Mayer, Albee, Bunnell, Smith-Petersen y muchos otros. Steindler mismo era un clásico de la cirugía ortopédica. Como su jerarquía y su longevidad le permitieron conocer personalmente a casi todos ellos, y en forma íntima a algunos, las charlas estuvieron matizadas con anécdotas y recuerdos personales de sumo interés y de gran amenidad.

Steindler publicó 240 trabajos originales y 11 libros sobre cirugía ortopédica. Durante las semanas postreras de su vida esperó ansiosamente que el editor le enviara concluido su último libro: *The interpretation of Pain in Orthopaedic Practice* pero el destino le negó esta última satisfacción: llegó a nuestras manos pocos días después de su muerte.

Se interesó en todos los aspectos de la cirugía ortopédica, insistiendo en los más intrincados y menos desarrollados en su época: artritis, escolio-

sis, parálisis cerebral, poliomiélitis.

La sinceridad y transparencia de su vida se encuentran también en sus escritos e investigaciones. En uno de sus primeros libros, *Orthopaedic Operations*, después de describir técnicas, transcribe estadísticas de los resultados que obtuvo con ellas, y relata fracasos con confesiones como éstas: "por técnica operatoria deficiente" o "por indicación errónea".

Aun cuando le preocuparon mucho más los principios que las técnicas, numerosas operaciones creadas por Steindler se practicaron en todo el mundo. Quizá la más universal sea la flexoplastia del codo.

En 1955 publicó su libro *Kinesiology*, contribución valiosa al mejor conocimiento de las funciones del aparato locomotor en condiciones normales y patológicas. Para fundamentar con solidez la mecánica funcional de las articulaciones y la potencia real de las fuerzas que las movilizan bajo influjos variados, se inscribió como alumno y siguió cursos superiores de matemáticas y física, durante dos años, en la Facultad de Ingeniería.

Anualmente reunía en un volumen mimeografiado sus *Seminar Notes*. En éste se publicaba un resumen de la bibliografía mundial más importante, comentarios sobre trabajos y técnicas que lo merecían especialmente, y sus observaciones sobre las presentaciones en congresos a los cuales asistía con libreta y lápiz en mano, y con su mente muy aguda. Esos volúmenes se distribuían entre sus discípulos y amigos y en los centros ortopédicos de diversas partes del mundo. Este trabajo lo realizó durante más de 35 años, incluso en el último año de su vida.

Formó más de 250 médicos especialistas en cirugía ortopédica. Muchos de ellos fueron luego investigadores destacados, profesores y jefes de departamento en diversos países.

En la discusión diaria de problemas clínicos escuchaba con la mayor atención y respeto aun al más joven e inexperto. Quería a sus alumnos como a hijos; el consejo, el estímulo, la exigencia y también el respaldo eran permanentes. El error de sus discípulos era el suyo. Era verdaderamente el maestro que no sólo trasmite conocimientos sino que hace de su vida un ejemplo sin nunca proclamarlo.

En el Departamento de Cirugía Ortopédica de la Universidad de Iowa existía un gran mapamundi y otro de Estados Unidos en los cuales se señalaba la residencia de sus discípulos.

Steindler examinaba y trataba personalmente

a gran número de pacientes. Conservaba más de 70.000 historias clínicas de pacientes privados.

Le preocuparon también los problemas sociales. Con su dedicación y visión colaboró en el establecimiento de un sistema estatal de ayuda y cuidado médico del enfermo indigente. Por otra parte, muchas personas perseguidas en Europa por el nazismo recibieron de Steindler ayuda directa, moral y económica, e incluso logró rescatar a varios de ellos.

Estudiaba y escribía sin descanso. A las 5 de la mañana hacía su habitual caminata, después de lo cual comenzaba su tarea. A las 7 y 15 pasábamos por su casa y entonces vivía un gran momento. Con la satisfacción y el gozo de un abuelo tierno nos preparaba y servía un desayuno suculento en el que figuraban todos los platos de nuestra predilección. Con sus grandes pantuflas y una sartén en la mano, no perdía nada de su grandeza. Transparente en su espontaneidad.

Comenzaba su tarea hospitalaria a las 8 de la mañana, examinando y comentando minuciosamente una serie importante de pacientes. Fue un cirujano sobrio y seguro. Había abandonado la actividad quirúrgica a los 75 años.

Almorzaba frugalmente en el Hospital y, en los últimos años, a las 14 regresaba a su casa, situada en lo alto de una colina sobre las márgenes del río Iowa, rodeada de un hermoso parque en el que Steindler solía preocuparse por la suerte de sus rosales. Una frase de Horacio coronaba la puerta de entrada: "Este es el lugar de la tierra que más me sonrío". Y en ese lugar feliz leía y escribía hasta la medianoche.

Su biblioteca, que legó a la Universidad, era de una riqueza excepcional. Y parecía, además, que todos los autores del mundo ortopédico habían tenido el acierto de enviarle sus libros. Algunas obras de arte adornaban sobriamente su escritorio. De entre ellas recuerdo siempre una hermosa estatuilla de la era precolombina que le había enviado Diego Rivera desde México y que presentaba una giba presumiblemente póttica, con lo cual se demostraría —señalaba— que la tuberculosis no fue introducida por los conquistadores de América.

Recibió numerosas distinciones y grados honoríficos de universidades, academias y sociedades de diversas partes del mundo. Sin embargo, una de ellas tuvo un trámite singular: en una oportunidad fue propuesto para recibir un grado honorario en una sociedad médica del oeste de Estados Unidos. Sus discípulos advirtieron posteriormente que sólo podían aspirar a la distinción para la que se había

propuesto a Steindler aquellos médicos que hubiesen aprobado los exámenes exigidos para ejercer en aquel Estado. Se les hizo duro explicarle a su maestro la situación creada por una ley que ellos poco conocían. Pero Steindler les solucionó fácilmente el problema: en pocos meses rindió con brillantez exámenes de anatomía, bioquímica, microbiología, etcétera. Por entonces ya tenía más de 70 años de edad.

La tarea y la obra realizadas por Steindler permitirían a cualquiera llegar al fin de la jornada con la satisfacción del deber cumplido plenamente.

Pero junto al hombre que investiga, enseña, publica y trabaja feliz siendo útil a sus enfermos, estaba el hombre sensible, poseedor de un espíritu exquisito, abierto a las manifestaciones superiores del arte y la cultura. Su interés por la literatura y la historia fueron permanentes. Leía a Virgilio, Horacio y Lucrecio en latín. Su conocimiento de la literatura clásica y moderna alemana, francesa, española e italiana era amplio y profundo. Podía recitar páginas enteras de Calderón de la Barca, Lope de Vega y Cervantes en un preciso castellano; Cyrano de Bergerac en un francés purísimo, o la *Divina Comedia* en un melodioso italiano.

Su dominio de los idiomas era asombroso. Hablaba fluidamente nueve lenguas, entre ellas el griego y el checoslovaco. Y de algunas otras afirmaba que sólo poseía conocimientos rudimentarios, pero en mi presencia interrogó y conversó con un paciente durante media hora en árabe.

Su conocimiento del castellano era el de una persona del mundo de habla española, pero muy culta. Y a veces nos sorprendía pronunciando en momento oportunísimo una sentencia criolla. Fumaba cigarros sin pausa. Recuerdo que en una

oportunidad nos permitimos hacerle un comentario al respecto: “Yo —respondió— tengo vicios chicos...”; y lo hizo con el tono, la mirada y la sonrisa velada de picardía con que pudo haberlo dicho Don Segundo Sombra.

Steindler fue un pianista excelente, buen intérprete de Beethoven, Mozart y Schubert. Sus viejos amigos recuerdan sus “duetos” con el profesor Clapp, que era Jefe del Departamento de Música de la Universidad y eminente figura artística de Estados Unidos. Y recuerdan también las sonatas de Beethoven que interpretaba con el doctor Byfield, profesor de pediatría y buen violinista.

Recuerdo al maestro, al investigador, al médico, al hombre culto, al espíritu refinado y sensible, que todo eso fue Steindler. Pero más aún recuerdo al hombre simple y bueno que también lo fuera.

Siempre, para con todos los que lo rodeaban, tenía la palabra y el gesto oportunos; la frase esperada, alentadora; la ayuda silenciosa.

Cuando nos veía ausentes, vislumbrando quizá algún signo de depresión fugaz, nos hablaba de la familia lejana, de nuestros amigos y de nuestros maestros argentinos, con la familiaridad y el conocimiento de quien hubiese vivido entre nosotros largo tiempo.

Organizador rígido, batallador, estudioso y trabajador enérgico e incansable, era el mismo hombre que en la vida de relación personificaba al mismo tiempo la bondad, la dulzura y la humildad.

Existencias como la de Arthur Steindler, hechas de actitudes claras, sencillas, limpias, absolutamente sinceras, simplifican y facilitan la vida.

Dr. Rodolfo Cosentino